

LO PICARESCO DE LA PICARESCA *

Hay varias maneras de leer un libro: primera, por recreo del momento. A este placer de orden estético, las obras de siglos pasados añaden el de ver cómo una Humanidad ida se hace presente, una Edad muerta y ya disgregada en el innumerable polvillo de los Archivos, se congrega, se articula, se organiza y se levanta ante nosotros con todas las prerrogativas de la vida. Y todo sucedido a la orden taumatúrgica del Arte, a la voz no de un reestructivo *Levántate y anda* de quien podía resucitar a los muertos, sino de un *Nunca morirás* pronunciado por uno de esos pocos divinos humanos que llamamos poetas. Pero hay una tercera manera de leer, que nos dará en contemplación maravillada horizontes mucho más amplios: Leer para asomarnos por las ventanas abiertas de los libros, al alma misma de una nación.

¿Y en qué puede consistir el alma de una nación? ¿En la suma de las almas individuales, de todas las que en este momento existen y de todas las que han existido siglos arriba? ¿En un término medio, como esas medidas aritméticas que emplea tan útilmente la Estadística?

En algo más, sin duda, y en algo distinto también. El alma de un pueblo no es meramente la suma de las almas individuales, sino el sistema de atracciones y repulsiones que las

* Ruego al lector quiera perdonar alguna hinchazón oratoria que pueda encontrar en este trabajo: se trata de la copia taquigráfica de una conferencia, retocada por mí, más tarde, sólo en los detalles.

mantiene en coherencia, como una constelación no es tanto la suma de los astros que la integran cuanto el sistema de fuerzas que los sostiene armonizados y en equilibrio: la existencia de ese múltiple y mutuo centro de gravedad que cada estrella es para sus hermanas y cada constelación para las otras constelaciones.

Así el alma de un pueblo la debemos buscar en sus sistemas de relaciones — atracciones, repulsiones — de los individuos entre sí y de los individuos con las cosas.

Yo solicito ahora vuestra benévola atención para que juntos nos asomemos con esta intención escrutadora a un género literario de fisonomía tan típicamente española: a la novela picaresca.

En realidad ya se nos ha dicho — y se nos repite con cualquier ocasión — que la picaresca representa el acorde culminante de una cualidad inherente a la literatura española, y por tanto el espíritu español: el realismo. Un realismo que queda desnudamente acusado como típico de España si comparamos las prolongaciones respectivas que la literatura épica tuvo en España y en Francia. Clarívidentemente ha sido observado que al pasar a los relatos en prosa los temas familiares de los poemas épicos, han integrado en España las *historias* y las *crónicas*, en Francia los libros de caballerías. La veta realista de la literatura española se nos muestra recia y rica. Nada más convincente. En cuanto a las novelas de caballerías en España, constituyen como un enorme galicismo: los temas y muchos procedimientos se nos metieron por el camino abierto en los Pirineos para los peregrinos de Santiago.

Pero otros han querido ver en ese realismo como la última razón de toda nuestra actividad literaria, sin caer en que tener una veta realista, recia y mera, no es ser fundamentalmente realista. Así es como se nos ha explicado el género picaresco como una protesta de lo español — esto es, del realismo del alma española — contra la moda de aquellos libros de caballerías que un gusto afrancesado había introducido en España. Como si el instinto realista español no pudiera soportar aquella literatura llena de héroes maravillosos, de encantamientos, de prodigios, de suspiros y de amores imposibles. Y como si, en reacción violenta y satírica, del fondo del alma española —

que una moda extranjeriza había querido convertir en jardín de invierno en donde se cultivaron flores raras y exquisitas — brotara con áspera pujanza un cardo reseco y pinchado: la literatura picaesca.

Pero tres siglos de éxito seguidos, que tuvieron en España los libros de caballerías, son algo más que una moda pasajera. En tiempos de Cervantes, todavía, sabemos por el inmortal hidalgo que había españoles tan embebidos en las lecturas caballerescas, que se les venían a secar los sesos. ¿Y vamos a aceptar para la novela picaesca la explicación de quienes nos dicen que se trata de una réplica chusca a las superfinas narraciones de caballerías, o de quienes todavía lo agravan interpretándola como una protesta de literatos, es decir, de gentes del oficio y por cosas del oficio?

Podríamos replicarles, con la frase sabida, que los árboles no les dejan ver el bosque, y que las casas les impiden ver la ciudad. Que es preciso remontarse con un ímpetu moderno de máquina voladora, para poder encajar con más acierto el bosque y el caserío, dentro de la topografía general del espíritu español y de aquella patética fase de la vida del pensamiento humano, que fué el Renacimiento.

Ahora precisamente que la brillante frivolidad de algún filólogo alemán ha tenido a bien negar a España participación en el Renacimiento europeo, me parece ser de extremado valor lo que pueda enseñarnos un género considerado como nacional para el conocimiento del espíritu español.

Es doblemente significativo que fuera un español, y desterrado, quien formulara primero aquel sentido bipartido de la percepción del mundo que es como el cuño renacentista, frente al sentido unificado que mantuvo la Edad Media. Para la cultura medieval la vida estaba constituida por un conjunto de valores rigurosamente jerarquizados, comprendidos unos en otros y subordinados, como lo están en las catedrales góticas los nervios ascendentes de las puertas, o los polígonos iluminados que los vidrieros inscribían en los floretones circulares, o como la geometría de los florones de piedra que — en las agujas ascensoras, a lo largo de las aristas —, destaca en diferentes planos y altitudes esa misma armoniosa subordinación que la geometría plana representaría — esquema de esquema — con

un número de circunferencias concéntricas. En el Renacimiento, por contra, madura una concepción del mundo cuyos primeros brotes habría que buscar en los postreros siglos medievales: su símbolo pudiera ser el balancín, el doble centro de gravedad, si nos fuera posible escamotear el apoyo central. León Hebreo — el español desterrado — habla con lenguaje exacto de las dos caras de nuestra alma, la una que mira al entendimiento, la otra que mira al cuerpo, de donde su perpetuo penduleo entre el amor espiritual y el amor sensual de las cosas.

Permitidme ahora que, por razones de retórica, sustituya la imagen de León Hebreo por esta otra: nuestra alma, según el concepto renacentista, es un asteroide equidistante de una ideal estrella celeste y mantenido en equilibrio por los hilos de una doble atracción. Pues bien: todas las obras capitales de nuestra gran literatura lo son porque reflejan ese maravilloso equilibrio elástico — *Celestina*, *Teatro*, *Don Quijote* — o porque, rompiendo el hilo que la sujeta a la tierra, el alma emprende en ellas una anhelante ascensión hacia su altísimo centro de gravedad — Fray Luis de León, los místicos, Góngora — o, finalmente, porque la tierra tira tanto de sí que rompe el otro hilo, y el asteroide de nuestra alma viene a dar consigo contra estímulos exclusivamente terrenos: así, la novela picaresca. Claro que las obras de síntesis, que son las de equilibrio logrado, siempre serán las menos. Son privilegiadas, almas como la de Cervantes que pueden ver el lado ideal y el lado material del mundo, no con la cara que mira al entendimiento y con la cara que mira al cuerpo, sino como con los dos ojos de una misma cara, cuyas dos visiones, contrastadas y fundidas en el interior, dan la verdadera perspectiva de la vida. Pero esto sólo lo consiguen las almas más excelsas, que dispongan en sí mismas como de un mirador privilegiado, como si se hallaran encaramadas en imposible equilibrio sobre el agudo vértice de una pirámide: las más se dejan deslizar, con velocidad creciente, por el plano que lleva a los jardines encantados del ideal, o por el que acaba en las realidades asequibles a nuestros sentidos.

Esta es la verdadera característica de nuestra gran literatura: el permanente problema de dualismo, que se resuelve siempre de una manera vertical: en el vértice realista, o en el idealista,

o en aquel otro alto donde los dos lados, realista e idealista, se funden. No es atinado definir como realista nuestro arte y nuestro espíritu, como no es aceptable definir un triángulo por uno sólo de sus ángulos, o un cuerpo por uno solo de sus planos. A esa caracterización podemos oponer que, de las tres posibles soluciones, nuestra literatura ha dado a la más genial dos obras excepcionales: la *Celestina* y el *Quijote*, y todo un ciclo: el teatro clásico; que antes del apicarado Arcipreste de Hita, hemos gustado el ingenuo idealismo de otro clérigo, Gonzalo de Berceo; que el *Lazarillo de Tormes* va precedido por el nombre de Garcilaso de la Vega y seguido por el de Fray Luis de León; que junto al realismo de Mateo Alemán tenemos en aquel siglo XVII el anhelo sediento de don Luis de Góngora por superar ideales; y que de la misma cantera salieron el bloque realista de la novela picaresca y ese otro bloque de ideal ultrarreno que representa la literatura mística. Y del mismo modo, en la pintura, el realismo sereno y seguro de Velázquez siguió a aquellas verticalidades retorcidas, como de llama, que son las pinturas del Greco, y precedió a la exaltación desrealizadora de Goya.

El realismo no es cualidad esencial de nuestro arte. Digamos con más justeza que el espíritu español tiene la condición del prisma, que separa por refracción los rayos realistas, de los rayos idealistas, que trae el haz luminoso de la verdad. Digamos que desde el vértice de la pirámide, el espíritu español busca el placer del vértigo al dejarse deslizar hasta el fin por los dos planos opuestos.



Y ahora estamos ya dispuestos a entrar con pie ligero por la maraña de la novela picaresca, una vez vuelta a sus justas proporciones la significación de algunos conceptos que han de ser nuestros constantes compañeros.

En efecto; aunque la novela picaresca ha sido una de las provincias de nuestra literatura que con más insistencia han atraído la atención de exploradores y estudiosos, fuera del ya

apuntado carácter realista, sólo suele ser definida por sus caracteres externos.

El Lazarillo de Tormes, el Guzmán de Alfarache, La Pícaro Justina, el Marcos Obregón, El Gran Tacaño, El Bachiller Trapaza, etc., todos presentan — se nos dice — ciertos rasgos fisonómicos permanentes: forma autobiográfica de la narración; sus personajes son siempre errabundos, enemigos del trabajo regular, se agarran a esos oficios de las gentes que no tienen oficio: acompañante de un ciego, mendigo, criado, recadista, número de escolta, tahir o protector de alguna paloma. No los clasificaremos como criminales, pero forman la flor más calificada del hampa: astutos, tramposos, hambrientos, agudos y malintencionados, prontos a la gentil y pomposa reverencia, al amplio saludo del chapeo y a llevarse de paso lo que el descuido ajeno les consienta.

Algo más — mucho más — es ya decir que el realismo es cualidad sustantiva de la novela picaresca.

¡Con qué implacable minuciosidad nos van exhibiendo estas novelas aquellos cuartuchos miserables, con sus tristes jergones de paja por el suelo; aquellos vestidos rotos, cosidos y recosidos, zurcidos y remendados, y cubiertos luego con amplia capa, como pecados bajo indulgencia plenaria! Las hambres y miserias de aquellas gentes que formaban el extrarradio de la sociedad, son descritas con gracia y complacencia. El mozallete Guzmán de Alfarache, recién desgajado de su casa, devora en una venta una tortilla sospechosa. Alguna dureza sí que notó al comerla; mas ¿quién se pone a hacer objeciones a una tortilla, cuando el estómago no ha recibido en todo el día ni una visita de cumplido? Pero más tarde, cuando su soez compañero de camino le revela que lo que había comido en la tortilla eran unos huevos empollados, su sensible corazón se enterneció de tal manera con la suerte de los inocentes polluelos, que nuestro héroe abrió la boca y los dejó en libertad. Todavía muchos años más tarde le parecía oírlos piar.

He aquí el realismo. Pero aprovechando lo representativo del ejemplo para ahondar un poco más. Y veremos que es un realismo deliberadamente limitado, porque sólo tiene en cuenta la realidad que nos hiere, y en especial aquella parte que puede tener una inmediata comprobación de los sentidos. Y aún en

este respecto, su predilección se manifiesta por el lado feo de la realidad, por esa realidad que nos tira de los pies cuando nuestro espíritu quiere levantar vuelo.

Si el realismo es cualidad infaltable en la novela picaresca, no por eso nos sirve para desentrañar la última esencia de este género literario. Realismo hay también en la reciente literatura naturalista, y, sin embargo, no hay equivalencia en los dos ciclos. Verdad que ambos realismos son diferentes. Prescindiendo ahora de otras diferenciaciones, yo veo en el realismo de la picaresca una constante intención satírica que falta en el naturalismo. Esa sátira ya esconde bajo sus burlas un ideal; o, por lo menos, forma como el hueco de un ideal ausente. Pero es verdad también que no escasean páginas modernas de realismo satírico imposibles de incluir en el concepto de lo picaresco. De donde se comprende que no son características suficientes de la novela picaresca ni las descripciones documentales de objetos y costumbres; ni la inestabilidad de la vida del pícaro, siempre rodando de amo en amo y de oficio en oficio; ni su divertido y maligno ingenio, acuciado por un hambre crónica; ni el hampa y los suburbios de la sociedad como medio natural de estas vidas que maromean al borde del código.

Todas estas características enumeradas se hallan reunidas en novelas como la cervantina *Rinconete y Cortadillo*, o en la moderna trilogía de Pío Baroja, *La lucha por la vida (La busca, Mala hierba, Aurora roja)*. Monipodio y su famoso patio, La Gananciosa y La Carharta, los bravos Chiquiznaque y Maniferro, la vieja piadosa y los viejos abispones, Rinconete y Cortadillo y toda aquella honrada cofradía de ladrones, cuchilleros y mozas de partido, nada tienen que envidiar en cuanto a ser flor de picardía a Guzmanillo, al Buscón Pablos, a Marcos de Obregón, a la pícara Justina o al Bachiller Trapaza.

Es más. Con frecuencia los manuales incluyen a *Rinconete y Cortadillo* entre las novelas picarescas. Y sin embargo, no lo es. Como no lo son tampoco las citadas novelas de Baroja, hormigueantes de vagabundos, mendigos, ladrones, hambrientos, tramposos, timadores y criminales, en un ambiente de miseria tan implacablemente descripto como en la novela de Mateo Alemán. Lo picaresco es algo distinto de todo eso, más hondo y más determinante en la estructura de la obra. Lo esencial-

mente picaresco de una novela, no depende de la condición truhanesca de sus personajes, sino de que la novela nos ofrezca una visión total de la vida propia de un pícaro (1).

En el Rinconete, nosotros asistimos al espectáculo del patio de Monipodio como desde el palco de la vida normal. El relato va desde los labios de una persona honrada a los oídos de personas honorables, valga por extrañas a la picardía.

Las palabras con que se nos cuenta alguna cosa, vienen lastradas con una inevitable carga de interpretación subjetiva, de valoración personal de lo descrito o contado. Pues bien: en el Rinconete, los hurtos de los dos astutos muchachos, la beatería de aquellas viejas ladronas y de aquellas mozas livianas, el garbo y gallardía de los bravos Chiquiznaque y Maniferro, todo está tasado dentro de un sistema valorativo completamente ajeno al espíritu de un pícaro. ¡Cómo no sería de absorbente el prestigio que Monipodio ejercía sobre toda el hampa sevillana, para que todos aquellos truhanes se sometieran tan incondicionalmente a su autoridad! Y sin embargo, la novela nos hace de él este sombrío retrato: "Parecía de edad de cuarenta y cinco a cuarenta y seis años, alto de cuerpo, moreno de rostro, cejijunto, barbinegro y muy espeso; los ojos, hundidos. Venía en camisa, y por la abertura de delante descubría un bosque: tanto era el vello que tenía en el pecho. Traía cubierta una capa de bayeta casi hasta los pies, en los cuales traía unos zapatos enchancletados; cubríanle las piernas unos zaragüelles de lienzo anchos y largos hasta los tobillos; el sombrero era de los de la hampa, campanudo de copa y tendido de falda; atravesábale un tahalí por espalda y pecho, a do colgaba una espada ancha y corta, a modo de las del perrillo; las manos eran cortas, pelosas, y los dedos gordos, y las uñas, hembras y remachadas; las piernas no se le parecían; pero los pies eran descomunales, de anchos y juanetudos".

Ninguna denuncia, filtrándose por los poros de las palabras, de ese prestigio con que lo veían los pícaros. Y aun termina así el retrato: "En efecto, él representaba el más rústico y disforme bárbaro del mundo".

¡ Es que el mundo picaresco, está visto desde otro planeta. Al-

(1) V. A. CASTRO, *El pensamiento de Cervantes*.

guien ha dicho que la citada trilogía de Baroja es una afortunada resurrección de la picaresca. Pero ¿qué hay de picaresco en esa urgencia dramática de sus problemas, en ese viento caliente de tragedia, que es como el aliento natural de las tres novelas? ¿Cómo se van a poder agrupar estas novelas, en donde late el despertar de la conciencia social, con aquellas picarescas en donde triunfa la más feroz falta de solidaridad humana?

Por el contrario, en el *Guzmán de Alfarache*, en el *Marcos de Obregón*, en la *Vida del Bascón*, en *La Pícaro Justina*, etc., se nos otorga el extraño privilegio de contemplar el mundo por los agujeritos de las pupilas de un pícaro. Y no es cosa dependiente de la forma autobiográfica. Otra obra moderna, que ni siquiera tiene forma novelada, es la más lograda realización actual del concepto picaresco: *Los intereses creados*, de J. Benavente. Sus comerciantes y sus capitanes, sus jueces y sus poetas, son enteramente los comerciantes, capitanes, jueces y poetas que ve Crispín. No por la aparición del pícaro Crispín tengo *Los intereses creados* por comedia picaresca, sino porque en ella vemos el mundo exclusivamente desde las pupilas de Crispín. Hasta el amor tiene en esa visión el valor de un nuevo instrumento de lucha por el triunfo de la Picardía:

¿Quién podrá vencernos, si es nuestro el Amor?

Esa será bien llamada novela o comedia picaresca: la que nos ofrezca la visión que de la vida tiene un pícaro.

¿Pero cuál es esa visión?

¿Qué es propiamente concepto picaresco de la vida?

¿Qué es lo que nosotros vemos, cuando miramos el mundo desde las pupilas de un pícaro?

Esos pícaros, desheredados de la Fortuna e inquietos en los márgenes de la vida normal, obtienen una visión de las cosas tan falseada como el que viera proyectar una película desde un lado de la pantalla. Lo picaresco es, esencialmente, una defectuosa visión de la vida, que resulta deformada por la forzada posición de los ojos del espectador.

¡Pero si se nos dice, precisamente, que la picaresca se ajusta estrictamente a la realidad!

Al pie mismo de esa pirámide, que ya nos ha servido simbólicamente otra vez, el pícaro curioseará en cada una de las piedras del lado que ven sus ojos, en cada una de sus junturas, hasta

en la aspereza de sus granulaciones y en la fauna parasitaria y espantadiza de lagartijas, insectos y viborillas que por allí pulula. Pero no sospecha la existencia de los otros dos lados de la pirámide. Sólo existe aquel que sus ojos y sus manos pueden certificarle inmediatamente.

Todavía más riguroso: lo picaresco no es tanto ese realismo que consiste en la información y utilización estética de lo que la vida tiene a ese lado de la pirámide, sino el sistemático desconocimiento de lo que en los otros lados hay, e incluso de que hay otros lados. Y el mejor ejemplo, el prototipo de este género es el pícaro *Guzmán de Alfarache*.

De entre todas las novelas que los tratados de literatura incluyen en la picaresca, la que con más constancia ha ganado la simpatía de los lectores, siglo tras siglo, ha sido la primera de todas, la *Vida del Lazarillo de Tormes*, escrita por autor desconocido hacia 1540. (Estamos en pleno Renacimiento y Humanismo: exaltación de todos los valores del hombre, amor por lo popular, una exultante alegría de vivir, columnas esbeltas que sostienen ágiles arcadas, curiosidad múltiple, racionalismo y criticismo).

La materia episódica del *Lazarillo* es bien sencilla, y todos la recordaréis por lejana que os sea su lectura. Todavía un niño, lo ponen al servicio de un ciego limosnero. No tiene lo que se llamará picardía; pero — pronto — la cruel aventura del toro de piedra despierta todos sus recelos. Y el hambre, todas sus astucias. Lázaro es ingeniosísimo para hurtar al ciego pan, vino, longaniza. Pero el ciego acaba por enterarse y por descalabrarlo. Tan cruel, tan sórdido, tan inhumano es aquel ciego pordiosero, que en la conciencia alboreante del muchacho se enciende un deseo de venganza.

Lázaro cambia de amo, pero no de fortuna. El clérigo de Maqueda, con tener menos motivos, no es menos tacaño ni menos cruel que el ciego limosnero. Y otra vez sin amo. Y andando, andando, llega nuestro muchacho a la imperial ciudad de Toledo. Ya tiene nuevo señor: un decoroso escudero. Por fin ha topado Lázaro con persona de distinta cuerda. ¡Y cómo

lleva su hidalguía el escudero! ¡Qué compostura en los modales! ¡Qué noble y moderada gallardía en el andar! ¡Qué cortesía y deferencia en la palabra!

Aquel primer día de su conocimiento, toda la tarde la pasó en casa, discurrendo con su criado sobre las cosas más discretas. Y la plática se continuó en los días sucesivos.

Él era hijodalgo. Él tenía, allá en su lejano pueblo de Castilla la Vieja, un solarejo con unas casas y un palomar, que, de no estar derrumbados, bien podían valerle las unas doscientos mil maravedíes, y darle el otro doscientos palominos al año. Él podía haber seguido muy holgadamente en su lejano pueblecito castellano. Pero no pudo sufrir el tener que quitarle el bonete, siempre el primero, a un vecino orgulloso y de no mejor sangre que él. Verdad que el convecino siempre correspondía al saludo; pero de tantas veces como nuestro escudero le quitaba el bonete, ¿no era justo que el convecino se hubiera adelantado siquiera una vez a saludar primero? Y antes que sufrirlo, nuestro escudero prefirió dejar el seguro bienestar del pueblo por lo incierto de la vida cortesana. De toda su hacienda, el escudero sólo conserva lo que un hidalgo nunca puede abandonar: su espada. "Vesla aquí — dice a Lázaro —; yo me atrevo con ella a cercenar un copo de lana". Todos los días esperaba el escudero que los tiempos le mejoraran. Pero sus tiempos no mejoraban. Y sin embargo, nuestro hidalgo jamás alteró el porte gallardo de su figura, ni desordenó el ritmo seguro de sus pasos, ni dejó salir de su boca palabra desentonada.

¡Figura conmovedora la de este hidalgo escudero! Todo su sistema de valorar la vida y el mundo descansa sobre motivos ideales. Tan delgado, tan comedido, tan consecuente, tan digno, se nos figura un trasunto del inmortal Hidalgo de la Mancha, perdidos el rocín y el galgo corredor, perdidas la adarga y la lanza, el ama y la sobrina.

Y Lázaro, desde su extrema colocación, oye y ve, y comprende, respeta y compadece.

Lázaro sale de casa, y pidiendo por el amor de Dios, vuelve a la noche con algo que comer: unos mendrugos de pan, un poco de uña de vaca y de tripas cocidas. Aunque viene tarde,

el amo no le riñe la tardanza. Trátale dulcemente, y aun añade con heroica mentira: "Yo ya comí".

"Sentéme al cabo del poyo y, porque no me tuviese por gloton, callé la merienda. Y comienço á cenar y morder en mis tripas y pan y dissimuladamente miraba al desventurado señor mio, que no partia sus ojos de mis faldas, que aquella sazón servian de plato. Tanta lástima aya Dios de mi, como yo avia dél, porque sentí lo que sentia y muchas vezes avia por ello passado y passava cada día. Pensava si sería bien comedirme á combidalle; mas, por me aver dicho que avia comido, temíame no aceptaría el combite. Finalmente, yo desseava aquel peccador ayudasse á su trabajo del mio y se desayunasse como el día antes hizo, pues avia mejor aparejo, por ser mejor la vianda y menos mi hambre. Quiso Dios cumplir mi desseo y aun pienso que el suyo. Porque, como comencé á comer y él se andava passeando, llegose á mi y dixome:

—"Dígame, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida vi á hombre, y que nadie te lo verá hazer, que no le pongas en gana, aunque no la tenga".

—"La muy buena que tu tienes, dixeme yo entre mi, te haze parescer la mia hermosa".

Con todo, paresciome ayudarle, pues se ayudava y me avria camino para ello, y dixele:

—"Señor, el buen aparejo haze buen artifice. Este pan está sabrosissimo y esta uña de vaca tan bien cozida y sazónada, que no avrá á quien no combide con su sabor".

—"¿Uña de vaca es?"

—"Si, señor".

—"Dígame que es el mejor bocado del mundo y que no ay faisán que así me sepa".

—"Pues pruebe, señor, y verá qué tal está".

Póngole en las uñas la otra y tres o quatro raciones de pan, de lo más blanco. Y assentoseme al lado y comiença á comer, como aquel que lo avia gana, royendo cada huessezillo de aquellos mejor que un galgo suyo lo hiziera".

Lázaro vuelve los ojos a sí mismo y contempla su desastrosa

suerte: huyendo de amos que lo mataban de hambre, da con uno que no sólo no lo mantiene, sino que es mantenido por él.

En este capítulo maravilloso, las almas del hidalgo y del Lazarillo, la que se dejó ir por la pendiente del ideal y la que se mantenía en el lado opuesto de la pirámide, atraídas por la simpatía que da la comprensión, van ascendiendo por sus planos respectivos, hasta darse por un momento la mano, en aquel vértice sintetizador que es privilegio del genio.

Exactamente lo contrario de los que hemos señalado como substancialmente picaesco: el sistemático desconocimiento, o si se quiere, la sistemática no valoración de los otros lados de la vida. Y es que si el lazarrillo ha conquistado más que ninguna otra novela en su género el gusto del lector, generación tras generación, en gran parte se debe a que es la novela picaresca en donde lo picaesco se da en menor escala. Lo picaesco está sin duda en algunos rasgos rencorosos de Lázaro para con el ciego — aventura del poste — y sobre todo en aquel desvergonzado desenlace que nos presenta a Lázaro en el colmo de la prosperidad, casado con la barragana de un arcipreste. Pero estos mismos rasgos picarescos lo son en grado benigno, si los comparamos con el resto de la literatura picaresca.

El Lazarillo de Tormes es, efectivamente, el punto de arranque de este género literario; pero consideremos que sólo unos sesenta años más tarde — 1599 — apareció la segunda novela, la *Vida de Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, y que en esos sesenta años el pensamiento español había dado un brusco viraje.

Hay un acontecimiento en ese interregno de la picaresca, que parte en dos la fluencia del pensamiento de nuestro gran siglo: el Concilio de Trento, 1545-1563. Del lado allá de esas fechas, confianza en lo humano, alegría de vivir, optimismo renacentista, ensalzamiento de la razón humana. Nuestro Vives puede decir: *Nobis examinare saltem ac censere nefas erit?* (2). En el arte, la agilidad de las formas, la busca de lo esencial, el afán de ennoblecer las cosas más cotidianas; en arquitectura, lo pla-

(2) ¿No se nos va a permitir por lo menos que examinemos y opinemos?

teresco, ese acatamiento a los rítmicos mandatos de la proporción, ese gusto por repujar las piedras como si fueran bandejas de plata; y luego los bordados con hebras de oro, plata y seda, los azulejos esmaltados, los arcones, las mesas y los escritorios amorosamente tallados; y el arte del hierro, del acero y del bronce, con sus verjas catedralicias, con sus espadas toledanas, con aquellos floreados herrajes de las puertas que todavía adornan los palacios literarios del Marqués de Brandomín, con aquellos faroles y hasta con aquellos trébedes, morillos y tenazas de las cocinas, todo respondiendo al mismo pensamiento idealizador que por entonces expresó Santa Teresa, de que *por entre los pucheros anda Dios...* En literatura, complacencia en estímulos puramente humanos y terrenos, de mero disfrute estético. Cierta asomo de repaganización, cierta tendencia al panteísmo que apuntaba en la universal exaltación de la Naturaleza; y el establecimiento de la razón como apelación suprema en los pleitos del conocer. Y la Religión, tema efectivamente vital para aquellas sociedades, se vió necesariamente empapada, saturada, por aquellos envolventes vapores de humanismo y de criticismo. La Religión hizo crisis, y en los pueblos de habla sajona se produjo la Reforma luterana.

1545 - 1563. Del lado de acá de esas fechas, el triunfo del Concilio de Trento, en donde los teólogos españoles tan destacado papel tuvieron. Los pueblos latinos oponen su Contrarreforma a la Reforma sajona, con una intensidad respectiva que está en razón directa de la potencialidad momentánea de cada pueblo. Se ha organizado poderosamente la reacción contra aquella repaganización panteísta y contra aquella Reforma racionalista, imponiéndose la Iglesia a sí misma ahora un rigor en las doctrinas, y una depuración de costumbres que hasta entonces no habían existido, e imponiendo al individuo, allí donde alcanzaba su poder, una constricción material y social, que hubiera podido hacer a Vives modificar su desafiante interrogación en un desesperanzado lamento: *Nobis examinare acensere nefas est!*

1545 - 1563. Del lado de allá, el *Lazarillo de Tormes*; del lado de acá, el *Guzmán de Alfarache*. Si comparamos ambas

obras y prescindimos de las hambres, de los cambios de dueño, de las descripciones realistas y demás características externas, para asomarnos un poco más a lo hondo, notaremos su profunda divergencia. Las censuras a los clérigos, abundantes en el *Lazarillo*, faltan absolutamente en el *Guzmán*. (Y aunque quisiéramos ver en esto un mero accidente explicable por coacción inquisitorial, tendríamos que darle una significación honda y trascendente, puesto que Inquisición había en 1540, lo que no impidió al autor del *Lazarillo* ensañarse con los clérigos. Es que la Inquisición y la Iglesia habían cambiado con la vida toda. Si Erasmo era protegido en España antes de 1545 por arzobispos y por el mismo Emperador, eran perseguidos y torturados los erasmistas después de 1563). El optimismo renacentista es evidente en el *Lazarillo*. Basta recordar la graciosa manera con que el ciego cuenta las travesuras de Lázaro, que hacía detenerse a toda la gente "para ver la fiesta", y que al mismo Lázaro obligaba a reír a pesar de su descalabradura. Y aun en lo más picaresco, en el desvergonzado desenlace, el optimismo de Lázaro le hace decir que ha llegado al colmo de la prosperidad. Sus mismas picardías son más bien travesuras, una sola vez para vengarse, las demás para defenderse.

Frente a estas características adolescentes del *Lazarillo* — optimismo, ligereza, alegría, criticismo juvenil —, encontramos en el *Guzmán de Alfarache* escepticismo desabrido y tristeza resignada. Si Lázaro acaba en el colmo de la prosperidad, *Guzmán* termina en galeras. Aquella intención estética del *Lazarillo*, aquel desplegarse y como estirar sus miembros y moverse por el mero placer — tan juvenil — del movimiento, se han convertido en el *Guzmán* en intención moral, en designio disciplinador de conductas y modelador de voluntades: en el *Lazarillo*, contemplación; en el *Guzmán*, esfuerzo. La posición de *Guzmán* intransigente, radical frente a otros modos de comprender la vida, contrasta con aquella tolerancia renacentista que vimos en el capítulo glosado del hidalgo escudero. Y, para cerrar el cuadro de oposiciones, las travesuras defensivas de Lázaro se han convertido en las picardías agresivas de *Guzmán*: "... todos vivimos en asechanza, los unos de los otros, como el gato para el ratón, o la araña para la culebra; que hallándola descuidada, se deja colgar de un hilo, y asiéndola de la cerviz,

la aprieta fuertemente, no apartándose della hasta que con su ponzoña la mata" (3).

Actitud agresiva, escepticismo, incomprensión y descartamiento de otro modo cualquiera de ver la vida. Incomprensión de la novela, no del autor, el cual, para defensa propia y descanso del lector, incrusta en ella otras novelitas menores, como ese delicioso cuento de aventuras moriscas, *Historia de Ozmín y Daraja*.

Mateo Alemán, que trae estas fundamentales novedades, no crea por cierto la novela picaresca, que arranca del *Lazarillo de Tormes*; pero infunde en ella algo substancial y que será ya perdurable hasta el fallecimiento del género: infunde en la picaresca, lo picaresco. Él mismo es el primero que usa la palabra *pícaro* en la literatura. Desde ese momento, la novela picaresca adquiere su substancia definitiva, y todas las obras posteriores del género serán fieles a estas mismas líneas directrices. Les será fiel el *Marcos de Obregón*, de V. Espinel, aunque con el aumento de la intención docente y con la disminución de lo picaresco, con su prudencia y su afán siempre fracasado de acomodarse al medio, nos resulte un Guzmán avejentado, y su autor un Mateo Alemán con sordina. Les será fiel la *Vida del Buscón*, llamado don Pablos, también conocido por El Gran Tacaño, entre el retorcimiento conceptual de las frases, entre los sarcasmos y los chistes, entre los abombados rasgos caricaturescos de los caracteres, y a pesar de esa nueva cualidad de perfecto desvergonzado que Pablos exhibe. Quevedo, con su *Buscón*, parece haber agotado las posibilidades creadoras del género. Por lo menos, todas las obras posteriores no añaden nada. La mejor de ellas, el famoso *Gil Blas de Santillana*, del francés *Le Sage*, nos produce una admiración semejante a la que concedemos a un extranjero que ha aprendido a la perfección todos los modismos de nuestra lengua.

(3) Parte I, lib. II, cap. 4. En la Parte II, lib. I, cap. 8, dice: "Todos y cada uno por sus fines quieren usar del engaño contra el seguro del, como lo declara una empresa significada por una culebra dormida y una araña que baja secretamente para moderla en la cerviz y matarla, cuya letra dice: no hay prudencia que resista al engaño". Luego Alemán hizo dibujar esta empresa en sus libros.

El *Lazarillo*, el *Guzmán* y el *Buscón*, son como los tres puntos que determinan el plano geométrico de la literatura picaresca. Con sus diferentes fechas — ¿1540?, 1599, 1626 —, representan tres momentos bien perfilados de nuestro siglo, tres momentos culminantes de la vida española. Período corto, a primera vista, en las cuentas de la Historia, pero de vivir tan intenso que en él podemos sorprender la curva carrera de una vida completa. Y no es el azar de tres temperamentos personales — los de los tres autores — lo que nos ha permitido fingir esta trayectoria solar de un secular día de nuestra Historia, es el reconocer la existencia simultánea del mismo sello respectivo en cada uno de los tres momentos de la vida española. Para no salirnos de las artes, podemos buscar en la arquitectura confirmación a ello.

1. (Proyección: Patio de doble arcada en el palacio arzobispal del Cardenal Espinosa, Segovia.) He aquí una edificación contemporánea del *Lazarillo*. Columnas delgadas y esbeltas, ágiles arcos. Ya no son cosas distintas las columnas y los arcos. Son como esquemas de jóvenes gimnastas que enguirnaldan el recinto con sus brazos abiertos. Los de arriba acaban de saltar sobre los hombros de sus compañeros. Alegría. Sobra de vida en el crecimiento. Sonrisa. Instinto de lo esencial. Dinamismo. Adolescencia.
2. (Proyección de varias vistas de El Escorial). Es la época en que Mateo Alemán escribe su *Guzmán de Alfarache*. Formas macizas y sólidas. Madurez de los 40 años. Grandezā de proporciones. El monasterio, visto desde su pie, parece levantarse como un monumento de voluntad. Visto desde la Sierra, parece un poderoso ser cúbico que ha hincado su tercio inferior en la tierra para asegurar el éxito de su esfuerzo. Desde cualquier posición, es la solidificación del esfuerzo, una formidable afirmación de voluntad y, con ello, un ejemplo. Su valor es principalmente ético.
3. (Proyección de un retablo barroco). Quevedo y el barroco. Tema, sin duda, todavía más intuitivo que conceptual. He ahí esas retorcidas columnas salomónicas, esos quiebros imprevistos de las líneas, ese abultamiento de

los perfiles, esa exuberancia de ornamentación, ese retorcimiento de las santas figuras. . .

Recordamos ahora a Quevedo y comprendemos mejor su tortuosidad, su poder caricaturesco, sus quiebrores idiomáticos, su hermetismo. Y si tornamos nuestra atención de Quevedo al retable, estamos tentados de ver cazarería en las laberínticas líneas de esa ornamentación, como en las innumerables arrugas de una vieja recovequera.

Señoras y señores: Hemos procurado deshacer el error generalizado, de que el realismo es el eje de la literatura — y del alma — española, situándolo más ajustadamente como uno de sus tres puntos angulares. Y al estudiar el capítulo más realista de toda nuestra literatura, nos hemos esforzado por penetrar hasta la esencia de la picaresca a través de sus características externas. Elegidas tres novelas distanciadas a lo largo de casi un siglo — Lazarillo, Guzmán, Buscón — como armonizaciones diferentes de un mismo tema picaresco, nos han llevado a evocar someramente tres momentos de nuestro gran siglo, con sus tres diferentes fisonomías. Tres nombres reales pueden ahora servirnos para comprobar y resumir esa concorde evolución del espíritu español: Carlos V, Felipe II, Felipe IV.

AMADO ALONSO.